

ET IN ARCADIA EGO

Algunas reflexiones sobre el patrimonio de los cementerios

**Francisco Javier
Rodríguez Barberán**
Doctor en
Historia del Arte

No causa extrañeza hoy la afirmación de que la Historia como disciplina está obligada a hacer referencia a la imagen de la muerte en las distintas culturas y sociedades. El tabú, la "pornografía de la muerte" descrita en los años sesenta por Geoffrey Gorer; parecen dejar sitio a una mirada recta, despojada de antiguos sesgos. El cese de la existencia humana, al margen de otras consideraciones de índole espiritual, trae consigo un discurso lleno de rituales y creencias, que se encargan de completar (y, en ocasiones, de suplir) la información que los hechos de la vida cotidiana aportan. En realidad, la posición del hombre ante la muerte no sólo define conductas externas, sino que nos muestra un mundo interior al cual sería difícil acceder sin su ayuda. Todo este conjunto de creencias se encarga de definir lo que en algunas ocasiones he denominado como "lugar de la muerte inmaterial". Sin embargo, también debe reclamar nuestra atención otro espacio, concreto por oposición al anterior:

La convivencia entre los vivos y el cadáver no es una circunstancia abstracta, ya que posee un componente físico evidente: la diferencia entre el organismo vivo y el inerte. Ante este misterio, el hombre se ha planteado de qué manera resolver esta compleja situación, si aceptar la cercanía del cadáver o separar el ámbito de la vida cotidiana del lugar destinado a los difuntos. La resolución de este problema no es, desde luego, una cuestión baladí, pues en ella intervienen factores religiosos, culturales y económicos. Ello ha provocado diferentes respuestas a lo largo del proceso histórico, en función de las cuales ha sido transformado el lugar específico de la muerte.

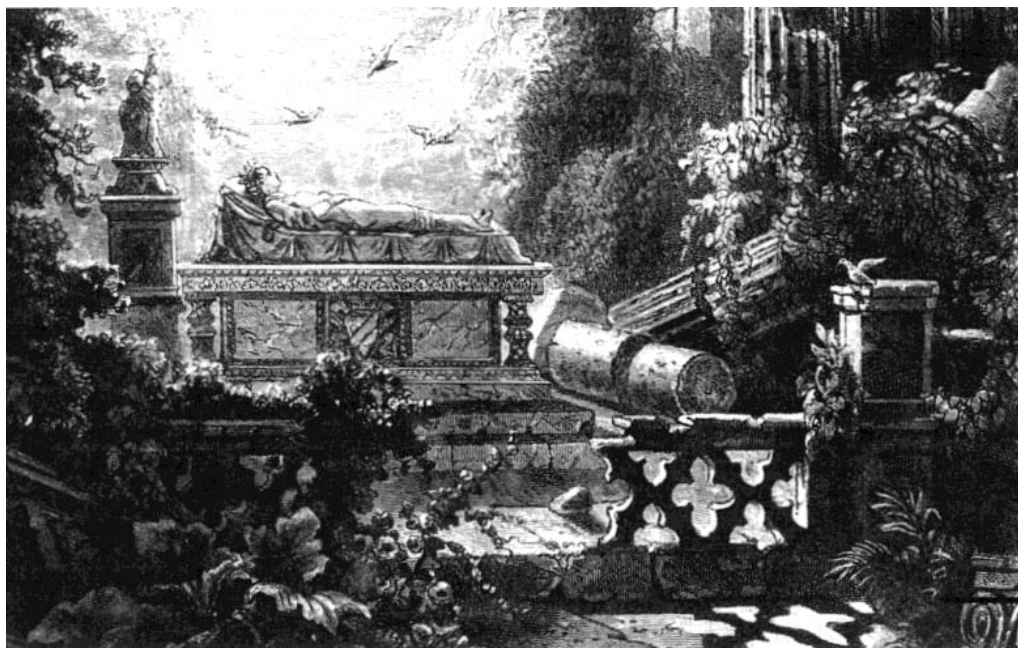
Sin embargo, no conviene olvidar que la frontera de la muerte es también un eje de simetría. Los comportamientos vitales suelen tener un reflejo exacto en las creencias de ultratumba, que se impregnan de imágenes que actúan como trasunto de lo cotidiano. Las personas y las acciones convertidas en pinturas, o los ejércitos mimetizados en figuras de terracota, son imágenes legadas por culturas antiguas, donde la tumba se ha convertido en copia o metáfora de la casa, del palacio. Sin embargo, por atractiva que sea la analogía entre tumba y casa, en ellas sólo valoramos el hecho individual, a lo sumo el de un colectivo restringido (familia, clan). Además, mausoleos, capillas funerarias y sepulcros artísticos han sido desde tiempo atrás objeto de interés. Podría afirmarse, incluso, que la Historia del Arte,

despojada de aquellas obras relacionadas con lo funerario, apenas si alcanzaría a ser una pálida sombra de lo que hoy es. Por ello, quiero llamar aquí la atención sobre el hecho colectivo, sobre el espacio fúnebre donde la mirada ha de valorar el conjunto, antes que las individualidades: el cementerio.

El estudio de los aspectos históricos y artísticos de los cementerios, ya sea de los pertenecientes a pequeñas comunidades, ya de las grandes necrópolis, es un soporte adecuado para lo planteado hasta aquí a nivel teórico. Al margen de su interés intrínseco, la evolución de los mismos nos puede ofrecer una riquísima información adicional sobre muchos aspectos de la vida cotidiana. Los cambios experimentados por pueblos y ciudades se ven reflejados en la propia vida de las necrópolis: las modificaciones del tejido social, la economía, la religiosidad, la política o el propio gusto artístico, quedan fijados en el lugar de la muerte a través de diversos indicadores. Por ello, no creo que sea justo darles un tratamiento distinto del que tendrían en el caso de ubicarse en un templo, en un palacio o en un edificio industrial. En el desconocimiento del patrimonio de los cementerios no influyen, desgraciadamente, elementos objetivos, sino todo el cúmulo de percepciones extrañas al conjunto que niegan una evidencia: que el cementerio está siempre hecho desde el punto de vista de los vivos y responde, por tanto, a los mismos estímulos que otras realidades, más justamente valoradas.

A comienzos de la década de los setenta, la revista catalana C.A.U. dedicaba un número monográfico a los cementerios. El título del artículo de Oriol Bohigas contenido en ella no podía ser más explícito: "Los cementerios como catálogo de arquitectura". De esta manera sencilla se ponía de manifiesto una realidad, que hoy incluso podríamos hacer más amplia; no sólo hay que hablar de arquitectura, sino de escultura, o de artes aplicadas. Además, contamos en el cementerio con un valor añadido, que lo hace distinto de cualquier otro ámbito: la continuidad de las obras. Mientras que, en la vida cotidiana, edificios y ciudades se convierten en un palimpsesto, cuya primera escritura apenas si alcanzamos a descifrar, en las necrópolis y camposantos la situación es distinta: la destrucción de elementos aislados no es habitual; más bien, podría decirse que es la excepción, juega aquí a favor, desde luego, el respeto al lugar; a los signos de la muerte; esa connotación que antes criticaba pero que, a la vista pueden vislumbrarse con una simple mirada, ya que la convivencia de volúmenes y estilos, que en la ciudad podría resultar obsceno, se vuelve aquí curiosa. Frente a las descalificaciones tan habituales en el pasado, que atacaban el arte de los cementerios en general, sin hacer distinciones, se impone ahora otra mirada: la que dirigiríamos a un "gabinete de maravillas" manierista, donde la rareza animal o mineral, alterna con la obra pictórica maestra y la más vulgar de las piezas.

Es ahí, entiendo, donde reside el mayor interés de nuestros cementerios, en las distintas secuencias e



itinerarios que nos ofrecen. Sin embargo, hay amenazas evidentes para su conservación. La principal viene de la funcionalidad del espacio, que tiene como prioridad proporcionar sepultura a los cuerpos. Ello provoca una demanda de espacio cada vez mayor, que presiona los ámbitos ocupados por sepulturas antiguas, y que obliga a panteones, tumbas de suelo y jardines por la terrible homogeneidad de los bloques de nichos.

Otra amenaza viene dada por el problema del abandono de las sepulturas. El hecho de que las concesiones de mausoleos y capillas familiares sean hechas a perpetuidad, trae como consecuencia un sentido de propiedad de los mismos, convertidos en un valor inmobiliario más de las familias. Debido a ello, las autoridades tienen problemas para intervenir en la conservación de estas tumbas. Aunque los reglamentos de las necrópolis suelen contemplar este tema, la realidad es que el estado de muchas sepulturas está lejos de ser el ideal. Ello se hace más evidente en aquellos cementerios cuyas zonas comunes son objeto de importantes atenciones, lo que contrasta con algunas edificaciones privadas dejadas a su suerte.

Sin embargo, y con ser importantes estos problemas, creo que existe uno mucho mayor: la conservación de zonas históricas en las grandes necrópolis y de los conjuntos homogéneos en las localidades de pequeño tamaño. Sin caer en los excesos de conservacionistas que son habituales en el ámbito anglosajón (la "museificación" de cementerios en Inglaterra o Estados Unidos), sí que conviene advertir contra algunas actuaciones rutinarias, que sólo demuestran la falta de sensibilidad de autoridades y particulares. Sustituir las formas de enterramiento tradicionales por las producidas en serie, sin interés artístico o antropológico alguno,

es un hecho que, con poco esfuerzo, puede evitarse. También lo es la eliminación de algunos tipos sencillos de sepulturas, que se sustituyen por conjuntos de nichos carentes de la más mínima intención de "diseñar la muerte".

A principios de siglo, Leopoldo Torres Balbás se lamentaba del triste destino de los cementerios, condenados a un exilio que él mismo adivinaba, a un tiempo, material e inmaterial. Ahora debemos lamentarnos de que, aún superados los momentos críticos de los años cincuenta y sesenta, la percepción de los cementerios como parte del patrimonio no se ha normalizado. Siguen apreciándose en muchas personas ciertos signos de desprecio al hablar de las obras artísticas contenidas en los cementerios; se ponen de manifiesto los aspectos más burdos de la producción funeraria, su propensión hacia el "kitsch" o la repetición seriada de los modelos. Sin embargo, nunca se recuerda que gran parte de la historiografía artística se ocupa de obras menores, de artistas cuyo interés sólo puede entenderse por el paso del tiempo, o circunstancias diversas; tampoco se recuerda que gran parte de la arquitectura se ha nutrido, desde el Renacimiento, de tratados y publicaciones periódicas, y que la réplica de un modelo de Serlio o Palladio no disminuía el valor de aquélla. Es importante indicar, pues es una apreciación extendida entre quienes hemos dedicado nuestras tareas investigadoras a este campo, que no abundan las obras maestras en necrópolis y pequeños camposantos; sin embargo, hemos procurado asumir esta circunstancia, no ensalzando las obras o los diseños de los cementerios más allá de lo necesario. Hay que intentar que los cementerios no sean observados con menos atención que un templo, una estación de ferrocarril o un teatro; es muy importante que se les dedique una mirada sin que el rictus de desagrado o la sonrisa asomen al rostro.

La posición del hombre ante la muerte, no sólo define conductas externas, sino que nos muestra un mundo interior al cual sería difícil acceder sin su ayuda.